

EL SERMÓN DE SAN FERNANDO DE JOSÉ BLANCO-WHITE

ANTONIO GARNICA SILVA
Universidad de Sevilla

En varios escritos autobiográficos la fecha que señala Blanco para el comienzo de la crisis de fe que lo llevará a su separación de la Iglesia católica y a su posterior marcha a Inglaterra es la del 13 de julio de 1802. En ese día y ante la Real Brigada de Carabineros, el más distinguido cuerpo de la caballería española en aquella época, Blanco pronunció un sermón durante una misa en honor de San Fernando. La Brigada había llegado a Sevilla en los últimos días de mayo de aquel año, un par de meses después de haberse firmado la paz de Amiens entre Francia, Inglaterra y España el 25 de marzo anterior, y con este motivo querían dar gracias a su Patrono San Fernando celebrando una solemne función en la Capilla Real.

Poco en realidad había que celebrar porque la paz ni fue duradera ni tuvo muchas ventajas para España. Es verdad que se recuperó Menorca pero los ingleses se apoderaron de la preciada isla de Trinidad¹. Nueve años antes, en la paz de Basilea, que puso fin a la guerra de España con el gobierno revolucionario de Francia, nuestro país había tenido que ceder a los franceses la mitad de la isla de Santo Domingo —el territorio de la actual Haití—, que quedó para siempre en sus manos o bajo su influencia. Nuestros aliados nos compensaron entonces con la recuperación de la Luisiana, de la que ellos se habían apoderado antes. La pérdidas sucesivas e irreparables de Haití y de Trinidad auguraban el principio del fin de las colonias españolas en América.

De todas maneras había que celebrar la paz, que siempre es una buena noticia: toda guerra es penosa para el pueblo y además cara para una hacienda nacional tan

1. En una reacción propia de un neoconverso a Trinidad quiso Blanco en 1818, ministro anglicano desde cuatro años antes, como misionero de su nueva Iglesia para convertir al protestantismo a los católicos isleños, idea que no le gustó nada al *Foreign Office*, que no entendía el imperialismo británico como una cruzada anglicana. (Cfr. *Life* I pp.316s).

maltratada como la española en aquellos años iniciales del siglo XIX. Pero más que un tratado de paz el de Amiens fue solamente un breve respiro en el desarrollo de las hostilidades entre la Francia de Napoleón, por entonces sólo Primer Cónsul, e Inglaterra, las dos potencias enfrentadas. Aunque España no ejercía ningún protagonismo en ese enfrentamiento, su debilidad política la arrastraba inevitablemente a la guerra al lado de Francia, porque, a pesar de lo que digan los actuales defensores de la política de Manuel Godoy², desde Basilea España no era más que una pieza del ajedrez político que manejaba para su propio provecho y del de su país Napoleón Bonaparte.

Tres años después de la paz de Amiens se reanudaron las hostilidades entre Francia e Inglaterra en la Guerra de la Tercera Coalición, con España a las órdenes de Francia. La batalla de Trafalgar el 21 de octubre de 1805 fue el momento culminante de la guerra, en la que nuestro país perdió lo mejor de su flota. Un desastre del que será incapaz de recuperarse durante más de un siglo, con todo lo que ello suponía para una nación con colonias ultramarinas en el Atlántico y en el Pacífico.

Los militares españoles eran conscientes de los problemas del momento y de los peligros previsibles para el futuro inmediato, pero había que celebrar la paz. Con este motivo una representación de la Brigada visita oficialmente al Capellán Mayor y el 1 de junio éste pone en conocimiento del cabildo la solicitud recibida. Blanco es designado como predicador de la función religiosa, responsabilidad que le correspondía por su puesto de Magistral. Parece sin embargo que ya habían hablado previamente con él. A sus veintisiete años era el miembro más joven de aquella corporación eclesiástica. Había ganado la plaza el 11 de septiembre del año anterior por medio de una oposición. De las once capellanías que tenía entonces la Capilla Real a sólo dos de ellas, la magistral y la doctoral, se accedía por este medio. Los otros capellanes eran elegidos por el patrocinio regio de entre los sacerdotes que habían servido como capellanes castrenses. Los oficiales de la Real Brigada muy probablemente se fijaron en Blanco por ser el Capellán más reciente, que por su juventud podría estar al tanto de las nuevas ideas que circulaban por el país y por tanto no los iba a defraudar.

Tras recibir el encargo del sermón Blanco dedicó tres o cuatro semanas a su preparación. El mismo nos dice los modelos que tuvo en su mente, todos ellos franceses, muy leídos y sobre todo imitados, en España, entre los que destaca el príncipe de los oradores religiosos, Jacques-Bénigne Bossuet, obispo de Meaux, fuente inagotable de la predicación en aquellos años y hasta casi nuestros días, que a sus excepcionales dotes de orador unía un conocimiento poco común de las controversias del momento y de la historia universal. El sermón tenía que decirse de memoria durante una hora sin que el predicador pudiera utilizar notas o apuntes.

2. Por ejemplo, Emilio La Parra en su reciente libro *Manuel Godoy, la aventura del poder*, Madrid 2002. Entendemos que mucho más objetivo es el juicio de Blanco en la recensión que hizo a la traducción inglesa de las memorias del favorito en "Godoy, Prince of Peace", *London and Westminster Review* 3 (1836) pp.28-60.

Pero Blanco no se preocupó solamente de preparar un sermón retóricamente impecable sino que trabajó para darle el contenido adecuado y así responder a las expectativas de sus oyentes. Las muchas referencias de Blanco al sermón y el hecho de que la Brigada decidiera imprimirlo a su costa indican que fue muy bien recibido. No es extraño, por tanto, que el predicador se sintiera muy orgulloso de su predicación y le gustara recordarla.

De cuatro formas diferentes recuerda Blanco las circunstancias del sermón en sus escritos autobiográficos. En primer lugar están la extensa relación que se encuentra en su *Examination of Blanco by White*, que había escrito en 1818-19. *Examination* es su primera reflexión sobre la crisis religiosa que lo llevó a salir de España y muy probablemente la confesión personal más sincera que salió de su pluma. No fue algo escrito pensando en su publicación sino más bien un desahogo personal o una autojustificación para dejar constancia que su salida de España no había estado motivada por ningún interés personal ni era una huida a consecuencia de un delito, de una falta grave, o de una dejación de sus responsabilidades patrióticas.³

Así refiere las circunstancias del sermón, la exposición más detallada de este hecho que encontramos en los escritos de Blanco:

La crisis [religiosa] estaba a la puerta y no había nada que pudiera impedirlo. Sucedió entonces que llegó a Sevilla la Real Brigada de Carabineros, el cuerpo más distinguido del ejército español y que gozaba de los mayores privilegios y distinciones. Su patrono y protector era San Fernando, cuyo cuerpo se conserva en la Capilla Real de Sevilla, bajo el cuidado de su Cabildo de Capellanes Reales, en el que poco tiempo antes había conseguido yo, por oposición, la dignidad de Magistral o predicador. La Real Brigada quiso celebrar una misa solemne ante el cuerpo incorrupto de San Fernando y era lo normal que me encargaran de la predicación del sermón. Uno de los oficiales vino a verme para hacerme el encargo. Era un joven agradable, casado con una encantadora mujer que compartía con su marido la afición a la música y a los libros. En nuestro primer encuentro tomamos la decisión de vernos con más frecuencia.

La composición del sermón me tuvo totalmente ocupado durante tres o cuatro semanas. Según la costumbre española, un sermón de esta clase debe durar algo más de una hora de rápida predicación y, como no se pueden utilizar notas escritas, debe aprenderse y decirse absolutamente de memoria. Aunque el sermón fue posteriormente impreso y publicado por la Real Brigada, hace tantos años que no lo he visto que soy incapaz de dar ahora una opinión sobre sus méritos. Puedo decir, sin embargo, que lo escribí en un estilo al que la audiencia estaba poco acostumbrada. Era, en efecto, una imitación de los oradores franceses, particularmente de Bossuet. Le di una vuelta completa a lo que pretendía ser un panegírico en honor de San Fernando y lo convertí en un ataque contra

3. *Examination* ha permanecido inédito hasta la su traducción al español, "White examina a Blanco", contenida en Antonio Garnica, *Blanco-White, Escritos autobiográficos menores*, Huelva, Universidad de Huelva, 1999.

la incredulidad de los filósofos de la época. Desgraciadamente yo estaba al borde de aquel mismo precipicio que pretendía denunciar a mis oyentes. Sin embargo no quiero ser mal interpretado en este punto. En el curso de mi vida he podido observar que cada vez que me veía próximo a un importante cambio en mis ideas religiosas, me adhería con todas mis fuerzas a las creencias que estaba a punto de perder de forma irresistible. Había intentado fortificar mi espíritu para permanecer dentro del Cristianismo leyendo varias Defensas de la religión escritas por autores franceses, pero mi lengua no pudo dejar de hablar en esta ocasión de lo que abundaba en mi corazón. Mi audiencia era la más brillante que podía ofrecer la ciudad de Sevilla. La ceremonia religiosa fue espléndida y mi sermón fue acogido de la forma más halagadora y entusiasta que pueda imaginarse. Los oficiales de la Real Brigada, habituados a la lectura de libros franceses, se mostraron deseosos de trabar amistad conmigo, particularmente aquel que había sido su portavoz. Su amable esposa vino a mi encuentro en la catedral después de la ceremonia para felicitar me y muy pronto me convertí en un íntimo amigo de la casa. Las relaciones sociales en España son tan espontáneas que apenas había día en que no pasara un agradable rato con ellos.

No se considerará extraño que mis vacilantes ideas religiosas y particularmente la vida retirada que me había servido para mantenerlas hasta entonces poca resistencia podían poner a las lógicas e inevitables consecuencias de la fama que me procuró el sermón, magnificada por la vanidad propia de un joven inexperto, como yo era en aquellos años. Mis frecuentes visitas al acuartelamiento me pusieron en relación con otro sacerdote casi de mi misma edad, que a su vez me presentó a otro distinguido compañero suyo, hombre muy estimado por la firmeza e integridad que había mostrado durante varios años en el desempeño de un importante cargo eclesiástico. Los dos sacerdotes se habían dedicado al estudio de los escritores franceses de la escuela filosófica a la que pertenecían Voltaire y Rousseau. Me aficioné a su compañía y a su vez ellos se hicieron buenos amigos míos.

Fue por entonces cuando por primera vez y creo que de forma irresistible me atreví a manifestar abiertamente mis dudas religiosas. Todavía recuerdo con claridad el miedo y el temor que se apoderó de mí cuando expresé una proposición que, de acuerdo con la Iglesia de Roma, me hacía culpable de herejía y echaba sobre mí la sentencia de excomunicación *ipso facto*. Iba dando un paseo por la orilla del Guadalquivir con un caballero que ocupaba un alto cargo en la Audiencia y del que yo sospechaba que era incrédulo.⁴ Nuestra conversación fue derivando poco a poco y con mucha cautela a tratar de temas religiosos. Obligados, como es lógico, por el miedo de la Inquisición a vigilarnos mutuamente y a sopesar y medir todas nuestras palabras y expresiones, mi natural vehemencia me llevó por fin a declarar que no podía creer en la eternidad de las penas del infierno.⁵ Mi amigo no dudó en hacer la misma manifestación y poco después nos separamos. Nadie que no haya sido criado y educado en España podrá comprender el miedo y el terror que

4. Probablemente Joaquín María Sotelo (Almería 1766-Sevilla 1834), uno de los amigos de su juventud, y también miembro de la Academia Particular de Letras Humanas.
5. Este es un tema característico de Rousseau en el *Vicario saboyano*: "Celui qui destine au supplice éternel le plus grand nombre de ses créatures n'est pas le Dieu clément et bon que ma raison m'a montré." (Quien destina al suplicio eterno a la mayor parte de sus criaturas no es el Dios clemente y misericordioso que mi razón me ha mostrado). De nuevo encontramos a un Blanco que anticipa una de las dudas religiosas más propias de nuestro tiempo.

se apoderaron de mí en el mismo momento en que pronuncié esas palabras. Pero no era el miedo de la Inquisición el que me hacía temblar: era la terrible duda de haber incurrido en toda la inmensidad de la ira de Dios. El suelo parecía que se abría ante mis pies, dispuesto a devorarme.⁶

La segunda referencia al sermón, muy sucinta, se encuentra en la narración autobiográfica incluida en la tercera de las *Cartas de España*, publicadas inicialmente en 1821 en la revista *New Monthly Magazine*⁷, que tiene el título de 'Algunos hechos referentes a la formación del carácter intelectual y moral de un sacerdote español', que dice lo siguiente:

Casi en vísperas de mi crisis religiosa tuve que predicar un sermón con motivo de una ceremonia muy especial en la que, de acuerdo con una moda venida de Francia, todo el mundo espera un largo y elaborado discurso. Traté de la incredulidad con el más sincero deseo de convencerme a mí mismo mientras intentaba persuadir a los demás. No sé qué efectos produjeron mis argumentos en mis oyentes, pero en el orador fueron completamente nulos. En esta situación espiritual cualquier cosa que fuera capaz de acabar con el sentimiento de temor que me dominaba tan tenazmente, cualquier ocasión que me llevara a proferir la menor duda contra los artículos del credo romano, era seguro que haría desaparecer mi fe como una pompa de jabón en el aire.⁸

Menciona el sermón pero sin indicar fecha. Añade que fue un sermón sobre la incredulidad, que no le evitó la seria crisis espiritual que estaba viviendo y que lo llevará a irse de España. Estas afirmaciones de Blanco necesitan ser matizadas, como haremos más abajo.

La tercera referencia se encuentra en su libro *Practical and Internal Evidence against Catholicism*, de 1825. Junto con la adaptación reducida del mismo, publicada con el nombre de *The Poor Man's Preservative against Popery*, del mismo año, son los dos escritos más duros contra la Iglesia Católica que salieron de la pluma de Blanco.⁹ Sobre el sermón de San Fernando dice lo siguiente en el primero de estos libros, que es el único de los dos que lo menciona:

6. Cfr. *Escritos autobiográficos menores*, pp.56-59.
7. Sobre las circunstancias de la composición de *Letters from Spain* puede consultarse la Introducción de A. Garnica en la sexta edición de José Blanco White, *Cartas de España*, Sevilla, Universidad de Sevilla, 2004.
8. Cfr. *Cartas de España*, ed. A. Garnica, 5ª edición, p.174.
9. En su ejemplar personal de ellos, que se conserva en la biblioteca Sydney Jones de la Universidad de Liverpool, pueden observarse las tachaduras que él mismo hizo y las observaciones que anotó en los últimos años de su vida mientras vivía en aquella ciudad tras haber abandonado la Iglesia anglicana. De esta manera mostraba su rechazo de muchas de las ideas expresadas en ellos, ya que —como él mismo confiesa— fueron escritos en unos momentos en que estaban muy vivos sus sentimientos anticatólicos que le restaron objetividad en sus juicios.

En cuanto a mí mismo puedo declarar de la forma más solemne que mi rechazo del Cristianismo tuvo lugar en un momento en que mi conciencia no podía reprocharme ninguna falta abierta contra mis deberes, salvo aquellos cometidos varios años antes: que durante mi transición de la fe a la incredulidad el horror de los pecados contra la fe, profundamente implantado en mi corazón por la educación recibida, me perseguía día y noche; y que puse en acción toda la fuerza de mi mente para contrarrestar las dudas involuntarias que cada día adquirían más fuerza. En esta lucha desesperada me esforcé en recordar todos los argumentos en favor de la verdad de la Religión cristiana que había estudiado en los libros de los apologistas franceses. Leí otros libros sobre el mismo tema, y teniendo que predicar, cumpliendo los deberes de mi cargo, a la Real Brigada de Carabineros, que vino a Sevilla para venerar el cuerpo de San Fernando, conservado en la Capilla Real, escogí precisamente el tema de la incredulidad, sobre el que pronuncié un elaborado discurso.

Pero la crisis fatal estaba próxima. Un año después de haber predicado este sermón —la confesión que voy a hacer es bien penosa en verdad, pero producida por la misma religión— estaba yo al borde del ateísmo.¹⁰

La referencia es también breve y la intención principal de Blanco es probar que su defección de la Iglesia católica no fue a consecuencia de una vida desordenada sino todo lo contrario, porque sucedió mientras practicaba con fidelidad sus deberes sacerdotales. Más aún, resistió todo lo que pudo ella leyendo a los apologistas franceses e incluso predicando un sermón contra la incredulidad, que es como calificaba al de San Fernando. A pesar de ello no pudo evitar la crisis que lo apartaría de su Iglesia original, y al año de aquella predicación estaba al borde del ateísmo. La consecuencia de esta confesión era, por tanto, declarar que fue la Iglesia católica la que lo llevó a rechazar el Cristianismo.

Insiste en que el tema del sermón de fue la incredulidad, como ya había dicho en las *Cartas*, lo que, como veremos no se ajusta a la realidad. Es posible que no recuerde bien algo que había sucedido veintitrés años antes y piense en otro sermón suyo posterior sobre el tema específico de la incredulidad, casi un año posterior al de San Fernando, cuyo manuscrito original está en los papeles de Blanco de la biblioteca de la Universidad de Princeton y que fue publicado en la biografía de Blanco de Méndez Bejarano.¹¹ La confusión le venía muy bien para reafirmar el anticatolicismo de *Evidence*, como acabamos de mencionar: la Iglesia es la única culpable, no él que hizo todo lo posible por resistir.

En el sermón se encuentra una descripción del incrédulo que tiene caracteres autobiográficos:

10. *Escritos autobiográficos menores*, ed. Antonio Garnica, p. 108.

11. Pp. M. Méndez Bejarano, *Vida y obras de D. José María Blanco y Crespo*, pp. 307-14. Téngase en cuenta que cuando escribe estos recuerdos Blanco no tiene a su disposición los textos de ninguno de los dos sermones, que se habían quedado en España, en casa de sus padres.

En esta hora quiero considerar a un hombre que nacido en el seno de la Iglesia recibe en el Bautismo la fe en Jesucristo; que educado en el Cristianismo aprendió con el andar los rudimentos de su doctrina, que creciendo en años creció en él su creencia hasta que en la fogosidad de su juventud empezó a dudar de ella, la abandonó y sin seguir secta ni partido permaneció toda su vida en la incertidumbre de la incredulidad... Vuelve los ojos, oh incrédulo, que te hallas ante tu Juez soberano, vuelve los ojos a esa Religión cuyos dogmas despreciaste...¹²

Estas últimas palabras pueden muy bien interpretarse como una viva descripción personal de la lucha interior que para Blanco supuso su crisis religiosa.

Por último, en la primera parte de su *Life*, (Narración de su vida en España), escrita en Dublín en los años 1830-5, dice sobre el sermón:

Mis relaciones sociales se habían ampliado poco tiempo antes del periodo que he referido anteriormente con motivo del sermón que prediqué en la Capilla Real en un día de especial celebración en Sevilla. La Brigada de Carabineros Reales, que es un distinguido cuerpo de caballería, estaba acuartelada en la ciudad y tenía como Patrono a San Fernando, cuyo cuerpo, verdadero o supuesto, se venera en la Capilla Real de su nombre. Con motivo de la fiesta de San Fernando los Carabineros pidieron permiso para celebrar una misa solemne en el altar donde se guarda el cuerpo del santo. El permiso les fue concedido sin dificultad y los oficiales me invitaron a predicar el sermón. Como para aquel entonces estaba yo asediado por mis dudas sobre el Cristianismo, intenté confirmar mi vacilante fe predicando un sermón contra el escepticismo religioso. Pero poco bueno podía esperarse del discurso que mis estudios me permitían escribir: la mayor parte de la apologética que había leído era oratoria o sentimental, como por ejemplo el *Génie du Christianisme* y mis modelos de elocuencia eran Bossuet, Massillon, Bourdaloue y Flechier, que en verdad son escritores admirables, de los que por lo menos he aprendido los artificios de la oratoria. Mi objetivo no podía ser la instrucción de mis oyentes, pues hubiera resultado ofensivo, por lo que les ofrecí un discurso al estilo de las *Oraisons Fúnebres*. El sermón fue muy aplaudido y la Brigada lo mandó imprimir para su propio uso, según la manera establecida de darle las gracias al predicador.¹³

Aunque la referencia al sermón es más amplia porque en su *Life* Blanco estaba escribiendo conscientemente su autobiografía para ser publicada en el momento oportuno, los recuerdos de Blanco se hacen más imprecisos con el paso del tiempo y el peso de la edad porque no predicó el sermón en el día de la fiesta de San Fernando —como dice aquí— sino en la ocasión que ya describimos antes. Tampoco es propiamente un sermón contra el 'escepticismo religioso', que es el nombre que le da a lo que antes llamaba 'incredulidad', y parece caer en la confusión a que aludimos antes. Por último, no hay datos que confirmen que la impresión del sermón a cargo de la

12. Citado por Juana María Ridaó en su tesis de licenciatura: *Blanco White, Capellán Real de San Fernando*, Sevilla 1985, pp. 310-12.

13. Cfr. *Autobiografía de Blanco White*, ed. A. Garnica, pp. 155s.

Brigada fuera una costumbre, aunque sí es cierto que la Brigada había hecho imprimir algún que otro documento sobre San Fernando.

Pero ¿cuál era entonces el tema del sermón de San Fernando? Lo mejor es acudir al texto. Tenemos la suerte de que de él hay dos manuscritos que ofrecen dos versiones ligeramente distintas del mismo, más retóricas que de contenido. El primero, estaba en los papeles de D. Mariano Blanco, biznieto de Fernando Blanco White, de los que se sirvió Méndez Bejarano para su biografía, y que más adelante compraría Vicente Llorens para la biblioteca de la Universidad de Princeton. Figura simplemente con el título de la invocación latina del principio: *Invocavit Altissimum*, y fue publicado sucesivamente por Méndez Bejarano en la segunda parte de la biografía¹⁴ y por Vicente Llorens en su *Antología de José María Blanco White*¹⁵, los dos con el título de *Sermón de San Fernando*. Esta versión corresponde al sermón tal como fue pronunciado.

Otro segundo manuscrito está en la Biblioteca Capitular y Colombina de Sevilla y es el texto que sirvió para su impresión con la que se corresponde exactamente. Tiene el largo título de *Sermón predicado en la función solemne que consagró la Real Brigada de Carabineros a su Patrono Sn. Fernando, en la Santa y Real Capilla el día 13 de julio de 1802, por [predicó] el Magistral de ella [el Señor Licenciado] Dn Joseph Maria Blanco y Crespo. Colegial del Mayor de Santa María de Jesús de Sevilla, [opositor a Canonjías], Examinador Sinodal de los obispados de Córdoba y Cádiz [y Académico de Bellas Letras de la misma ciudad], etc. [1803]*¹⁶ Tiene 23 páginas, tres más que el ms de Princeton. Va precedido de una introducción sin título, obra de Manuel María del Mármol, secretario del Cabildo.¹⁷ Al final tiene una breve nota que dice 'Imprímase. El duque de Estrada.'¹⁸

Esta versión fue impresa en Sevilla, en la imprenta de la Viuda de Hidalgo y Sobrino en 1804, y de ella —que conozcamos— sólo existen dos ejemplares catalogados, uno en la Biblioteca de las Facultades de Filología y Geografía Historia de la Universidad de Sevilla, y otro —catalogado pero desaparecido— en la Biblioteca de la Academia de Buenas Letras de Sevilla.¹⁹

14. Pp. 341-58.

15. Pp. 115-138.

16. El título tiene todas estas variantes que hemos indicado entre corchetes. Llama la atención la afirmación de 'opositor a canonjías', una manera de indicar que aspiraba a algo más que el puesto de Capellán Real.

17. 'Se leyó y aprobó el prospecto o introducción que formó el infrascrito para acompañar al sermón del Sr Magistral cuando salga impreso a instancias de la Brigada de Carabineros. 23 julio', Cfr. Tesis de Juana M^a Ridao cit., p.87.

18. El duque de Estrada era canónigo de la catedral de Sevilla.

19. Este segundo texto contiene una introducción de Manuel M^a del Mármol, escrita para la publicación, en la cual recuerda la devoción de la Brigada a su Santo Patrono y la solemnidad con que todos los años celebra su fiesta en el lugar en que se halle. Pero la celebración presente tiene carácter extraordinario, para dar gracias por la paz de Amiens. Se ofició una misa solemne celebrada por el capellán mayor

El texto del sermón sigue el esquema aceptado de los 'sermones de campanilla', los que se pronunciaban en las funciones solemnes. Consta de un exordio, precedido por una cita en latín de los libros sagrados. El exordio sirve para introducir el tema general, en este caso, para presentar al Santo Rey como uno de los grandes héroes de la historia, un héroe guerrero al servicio de Dios y de la Iglesia. Termina el exordio con la usual invocación a la Virgen, cuya imagen fernandina de Nuestra Señora de los Reyes presidía y preside el altar mayor de la Capilla, y con el rezo del *Ave María*.

Tras el exordio viene el sermón propiamente dicho, dividido en dos partes. El argumento que desarrolla esta primera parte es un proceso lógico que va pasando desde la afirmación que sólo Dios es grande y de El se deriva toda gloria, a la presentación de Fernando como el instrumento elegido para librar a los pueblos de España de la opresión mahometana y recobrar 'la tierra de nuestros padres'. Fernando fue escogido por Dios por caminos misteriosos. Su madre le enseñó la benevolencia cristiana que mostraría toda su vida. Su exaltación como rey no fue fácil. Tuvo que morir su tío Enrique I en plena juventud y de manera fortuita, herido de muerte por una inoportuna teja, para que Fernando llegara al trono de Castilla en 1217. Tuvo que vencer la enemiga de su propio padre, Alfonso IX de León, que levantó armas contra él, pero al final él fue su heredero en 1230. De esta manera una para siempre las coronas de Castilla y León. Las guerras de Fernando no fueron guerras de conquista, ocasionadas por la ambición, sino la legítima recuperación de la tierra perdida ante el infiel.

Aunque no abundan las referencias religiosas en esta primera parte, Blanco reconoce que 'la religión embelleció sus triunfos, inspira el valor porque no injuria con él al Todopoderoso'. Es sencillamente lo esperado en aquellas circunstancias. Pero no hay la menor referencia a la ocasión específica, la paz de Amiens. Incluso las referencias a la historia de San Fernando no hacen histórico el sermón, que permanece atemporal, porque Fernando es presentado ante todo como el prototipo del héroe cristiano.

La segunda parte es muy diferente de la primera. Desaparece la atemporalidad que ha dominado el discurso hasta ese momento y en ella se puede intuir de alguna manera el problema interior de Blanco. Empieza con un dramático diálogo con los 'vanos filósofos del siglo'. Se atreve Blanco a nombrar directamente la acusación más seria contra la religión que se podía leer en los libros de los filósofos franceses: la religión es incapaz de suscitar grandes acciones porque predica el abatimiento y la huida del mundo. La idea se expresa con fuerza no acostumbrada y no es de extrañar que las palabras de Blanco le gustaran a los militares presentes, porque con ellas se refería a las cuestiones religiosas que circulaban entre los que se sentían atraídos por la filosofía francesa:

y predicada por el magistral, y al final, con el permiso regio, se descubrió para su veneración el cuerpo del santo rey, como se hacía en circunstancias especiales.

Fanático, dirían, ¿será posible que quieras hallar en la religión que profesas el origen de las grandes acciones, la fuente del valor, la escuela de los héroes? ... Sus héroes huyen la vista de los hombres, desconocen los lazos que lo unen a la sociedad, envidian su habitación a las fieras, extenuan sus cuerpos con perpetuas maceraciones y acostumbran sus ánimos a una humillación servil... ¿No mirarán como un crimen esta ambición de gloria, que es el germen de las grandes acciones?²⁰

Son las mismas ideas que de una manera más explícita Blanco va a utilizar posteriormente para dar las razones de su incredulidad. Es como si el espíritu del joven Telémaco se levantara de nuevo contra los santos del Año Cristiano. En su defensa de la fe como respuesta a las acusaciones de los filósofos Blanco apela a una religión más positiva que la que estaba en uso en Sevilla:

Oídlo, mundanos: la religión dirige a la verdadera grandeza, no ya sólo a una grandeza toda interior y desconocida sino a esa misma que admiráis, adornada con una luz más resplandeciente...²¹

Blanco cita ejemplos de los héroes que ha suscitado la religión:

... esos abatidos que miráis con una compasión orgullosa, esos que despreciando las riquezas son superiores a la fortuna, que siendo pobres y desvalidos son el asilo de la humanidad oprimida, que siendo enemigos de sí mismo son ángeles de paz de los hombres...²²

Los ejemplos de virtud cristiana que atraen a Blanco son aquellos que se olvidan de sí mismos para practicar el amor a los oprimidos. Estamos escuchando la respuesta de la sensibilidad prerromántica a la racionalidad ilustrada. Consiguientemente define a la religión cristiana de la siguiente manera:

La religión cristiana enseña a posponer la vida a la verdad, a tenerla en nada con respecto al deber, a no temer todo el poder del mundo declarado por la injusticia.²³

Elabora a continuación el tema del temor y dice que 'la religión santa, fruto de la sangre de un Dios hombre, es un don precioso de su ternura hacia los hijos de Adán'. Son ecos de las ideas de Rousseau sobre la religión bienhechora del hombre que han calado en el espíritu de Blanco. El cristiano digno de este nombre no debe temer ninguna cosa sobre la tierra, sólo a Dios. Esta referencia le sirve retóricamente para que vuelva su atención al Rey Santo, que él ve como el ejemplo siempre válido del héroe cristiano libre de todo temor que no sea el temor de Dios. Esto fue lo que le hizo

20. Pp. 127 en la edición de V. Llorens.

21. P. 130.

22. P. 131.

23. P. 132.

salir de su palacio y de los placeres que le ofrecían sus dos coronas para provocar a un enemigo que todavía no había podido vencer la constancia española:

Si el rey de Castilla y León no se distingue sino por ser el primero en los peligros; si tolera las fatigas de la guerra; si sufre las inclemencias de las estaciones como el menor de sus soldados, la religión es la que le enseña que todos son sus hermanos y que debe endulzar sus trabajos con su presencia y su ejemplo...²⁴

El héroe cristiano es compasivo al par que esforzado, como lo fue Fernando. El sermón en su etapa final apela continuamente a los sentimientos de sus oyentes. La historia de la Brigada de Carabineros Reales es una historia de heroicidades escondidas, de sacrificios en defensa de sus conciudadanos. No son elogios nacidos de su imaginación porque él ha escuchado de boca de un testigo presencial su valerosa conducta ante la caballería del rey de Cerdeña.

Al final del sermón encontramos una seria nota de inquietud que puede muy bien reflejar los sentimientos de muchos en aquellos años difíciles de la alianza de España con Napoleón:

Dios santo, ante cuyo trono han subido los gemidos de la Europa anegada de sangre ¿es verdad que ya te has apiadado? ¿Es verdad que ya has arrojado de tu mano el azote? ¿Están ya borrados los delitos de la España, que la han hecho participar del amargo cáliz de tu indignación, preparado para otros pueblos?²⁵

Blanco se responde a sí mismo alabando —como era de esperar— las virtudes del rey Carlos IV y del príncipe heredero que lleva el nombre del Santo Rey, que parecen asegurar la paz. Pero las palabras finales deja todo en suspenso:

El Cielo a ruegos de Fernando está abierto para colmarnos de felicidad. ¡Ay de nosotros si lo vuelven a cerrar nuestros pecados!²⁶

¿Eran estas últimas palabras un final retórico o indicaban entre líneas las inquietudes de Blanco y de muchos otros, particularmente de los militares que lo escuchaban, sobre la difícil situación política de España y su incierto futuro?

Después de todo lo dicho tenemos que volver a la información inicial del impacto del sermón en la vida de Blanco, que encontramos en *White examina a Blanco*. Hay que atender que si lo considera como el comienzo de su crisis religiosa esto no debe entenderse como si en él hubiera manifestado de alguna manera más o menos velada su incredulidad. Fue simplemente la primera ocasión en la que en un sermón trató

24. P. 133.

25. P. 138.

26. P. 138.

con fuerza dialéctica algunas de las objeciones que los filósofos franceses proponían contra el Cristianismo, a las que Blanco intentará dar una respuesta que no va a acabar de convencerlo. El héroe cristiano no es aquel que se sacrifica por el amor a la penitencia y al sufrimiento, sino aquel que acepta el sufrimiento para extender el bien y la compasión, bien como un héroe guerrero exponiendo su vida para salvar a los cristianos del poder mahometano, como en el caso del santo rey Fernando, o bien aquellos héroes de la caridad cristiana que despreciando las riquezas son ángeles de paz para los hombres que sufren. No son éstos los ejemplos que más abundan en las lecturas de los santos del Año Cristiano, que aparecen con más frecuencia movidos por el espíritu de penitencia por sus pecados que por la compasión cristiana hacia los sufrimientos ajenos. La religión cristiana no llama a las privaciones ascéticas, como si el destino del hombre en la vida fuera el sufrimiento y la penitencia, sino a una vida activa, útil y generosa.

En cuanto al desarrollo de la crisis personal de Blanco el sermón de San Fernando le sirvió para expresar por primera vez con palabras sus sentimientos interiores ante el grupo de jóvenes oficiales de la Brigada y los dos sacerdotes mayores amigos de ellos, probablemente los capellanes de aquel cuerpo. Porque sus amigos de juventud Manuel María del Mármol, Manuel María de Arjona y Alberto Lista preferían no crearse problemas personales y guardaban una fidelidad externa a la Iglesia y al celibato clerical. No parece que en sus conversaciones fuera un tema recurrente el de la incredulidad.²⁷

Pero al darle Blanco la corporeidad de la palabra a sus sentimientos anticatólicos éstos se van a hacer más activos e inquietantes y lo llevarán sin remedio a abandonar la Iglesia, primero en su residencia temporal en Madrid (1806-1808), y definitivamente con su marcha a Inglaterra el 23 de febrero de 1810.

27. Lo que Lista pensaba de las crisis religiosas de Blanco está muy claramente expresado en su carta a Fernando Blanco-White de 29 de marzo de 1841, mes y medio antes de su muerte: 'Cuando nos veamos te desengañaré del error en que estás relativamente a Pepe sobre la *mala dirección* de su juventud. No es eso. Es menester que sepas que Pepe, como está organizado física y moralmente, y la felicidad son y han sido siempre dos cosas incompatibles.' (Cfr. Méndez Bejarano, *Vida y obras de D. José María Blanco y Crespo* cit., pp. 213s)